

UNA EXPERIENCIA DE FORMACIÓN DOCENTE CON EL GRUPO DE LA VENTANA

Susana Gallardo

sgallardo@arnet.com.ar

Éste no era el primer año del “acuerdo” que habíamos hecho los docentes del área de la Lengua de primer año del Profesorado de E. G. B. 1 y 2.: contenidos y propósitos a lograr con los alumnos

Como yo era – según mis compañeras de Área – quien usaba el procesador y tenía más tiempo, me comprometía a escribir lo acordado; una vez más, me dediqué a hacer un borrador de la planificación de la cátedra; lo hice, lo pasé y lo imprimí. Dejé la producción en Preceptoría en un sobre que decía:

“Chicas: por favor lean el borrador y agreguen, cambien o qué sé yo... lo que hice. Si pueden agreguen en Bibliografía, lo que consideren pertinente. Si está ok, firmen y ya lo entregamos. Susana”

Cuando llegué a la semana siguiente, estaba todo firmado. No había nada para agregar. Firmé y entregué.

Me sentía contenta, aunque siempre tenía la sensación de que era la que menos formación tenía y debía aprender de las que tenían años de formación y más antigüedad. Algunos y algunas “antiguos” en la institución también me lo hacían sentir y a pesar de que ya hacía años que allí estaba, me “perseguía” con ese estigma.

Pasó todo el ciclo y no hubo ningún encuentro de cátedra.

Y llegó otro ciclo – creo que el 2000. Como siempre, me fui presentando, los alumnos hicieron lo suyo y comencé con los lineamientos de la cursada del Espacio de Lengua y su enseñanza. Esto era 2° 2° de E. G. B. en turno tarde. Era un grupo de 20 chicas aproximadamente que provenían de las cátedras de mis dos compañeras. Mi interés era ir pasando revista de la bibliografía que estaba en la planificación de 1° año y saber qué reforzar antes de comenzar con el abordaje didáctico de la Lengua.. Comencé con el recorrido que me había propuesto. Las alumnas me miraban mudas, azoradas y cejjuntas. Yo comencé a desplegar todas mis estrategias para parecer simpática, agradable y contenedora, pero me preguntaba: ¿entenderán lo que digo?, ¿Será elevado el tono de mi voz y las estoy asustando?, ¿Les faltará la acreditación y por eso no han completado las lecturas?

Así se sucedieron las clases: llevaba distintos registros de clase para leer, analizar y reflexionar sobre lo que significa el enfoque comunicativo- funcional de la enseñanza de la Lengua*. Cuando aludía a algún autor, cuya obra se suponía habrían leído... no lo conocían. Cada día de cursada las chicas iban demostrando su falta de interés: faltaban a clase, venían sin haber leído los materiales que les indicaba o sin hacer las producciones o, al menos, los borradores.

Decidí llevar la bibliografía: varios juegos de fotocopias de cada autor. Pensaba que si les acercaba los materiales de cada autor, que sustentan algunos contenidos didácticos, se entusiasmarían. Así fui pasando por distintas alternativas: leíamos e inducía a la reflexión; reflexión y luego lectura, entre otras.

Pero el enfoque comunicativo- funcional de la enseñanza de la Lengua estaba lejano.

Un día pudieron explicitar lo que pasaba al interior de los grupos: la Profesora del Espacio de la Práctica de 1° les había propuesto hacer clases de ensayo y ellas las habían hecho con “mucho éxito”. Ahora en esta cursada se pretendía tirar por tierra sus microexperiencias. Yo me cuestionaba: si mis “ viejos compañeros” no me hicieron ninguna acotación, ¿estaré planteando “bien” la propuesta?, ¿estaré equivocando el camino?

Como esa Profesora era la misma en 2°, decidí buscar el momento oportuno para charlarlo con ella, a quien identificaba totaalmeeente “anticonstruivismo”. Cuando le pregunté qué tal había resultado la experiencia con las chicas de 1°2° del año pasado y ahora 2°2°, me contestó algo como: “... mirá son tan burras, que ya no sabía qué hacer; pero al menos sujeto y predicado van a aprender a enseñar...” La cejjunta y azorada era yo. Me pregunté: ¿a quién le estoy hablando?, ¿Para qué le habré preguntado si es predecible la respuesta?, ¿Qué hago con el enfoque actual?¿ Cómo

* *El enfoque comunicativo- funcional de la enseñanza del Área de la Lengua es el previsto en el Diseño Curricular de la E. G. B. 1 y 2 de la Provincia de Buenos Aires.

hago para deconstruir algo que ha sido reforzado durante todo el año? El enfoque comunicativo- funcional de la enseñanza de la Lengua estaba lejano para la Profesora también.

En esos días la Directora estaba pasando por un período de presencia en la Institución, ya que tenía mucha sobrecarga de trabajo y resultaba difícil encontrarla o con tiempos. Le comenté la situación de 2°2° y directamente le solicité alguna sugerencia. Como era su costumbre me dijo que hiciera lo que pudiera, ya que a la profesora le faltaban dos años y se jubilaría.

Entonces incorporé en mi discurso, lo que significa la “negociación” a la hora de las prácticas áulicas, entre otras cosas: que no siempre se puede cambiar el rumbo trazado por el docente o la docente orientadora en la forma de trabajar los contenidos; que las prácticas tienen que ser un momento de aprendizaje para los chicos de la EGB, pero también para ellas como profesionales; que algunas veces se haría necesario resignar el enfoque comunicativo; que si bien los orientadores están plantados en una modalidad de trabajo, en muchas oportunidades están abiertos a ver “nuevas prácticas” de los docentes en formación .

Con estas idas y venidas, llegaron las prácticas y los primeros planes de clase. Se constituyeron grupos de planificadores- los que estaban en situación de hacer prácticas por tener las acreditaciones pertinentes - y los “asesores”, quienes eran los que habían decidido dejar las prácticas para otro año o adeudaban algo que les obstaculizaba el proceso. Cada contenido que la maestra daba a su practicante, era pensado y desarrollado por todo el grupo y luego se analizaban todas las propuestas para buscar la más pertinente.

El “grupo de la ventana” (por la ubicación en el salón de clase) estaba más próximo a hacer el “clic” del enfoque comunicativo, los que cuestionaban las propuestas editoriales, eran más creativos a la hora de pensar en actividades y, lo más importante, podían sustentarlas. El “grupo del medio”, todo lo contrario: el centro de su accionar eran los manuales y deseaban ser replicadores de docentes tradicionales. “Los de la puerta” tenían una integrante lectora y preocupada – que hacía las prácticas- y el resto, miraba y tomaba notas.

Me detendré en el grupo de la “ventana”. Estaba constituido por cinco chicas, de las cuales tres, harían sus prácticas. Entre ellas estaba Patricia. Patricia sólo sonreía, pocas veces hablaba, y cuando lo hacía era en un tono tan bajo que siempre tenía que repetir porque nadie le entendía. Cuando me acercaban planes hechos en el grupo, faltaba el de Patricia. Ella luego aparecía en otro horario de clase y me traía ideas con sustento teórico, con portadores adecuados y emprendía la narrativa de lo pensado. ¡Excelente!

Sin embargo, yo nunca alcanzaba a ver los planes escritos y como su Profesora de práctica tampoco les pedía que los visara la Profesora del Área... siempre aparecía el relato oral de cómo había sido la clase.

Pasaron los días. Llegó el momento de hacer una evaluación escrita; como habíamos leído muchos registros de “buenas clases” y para tranquilidad de los grupos, les anticipé la modalidad: yo traería una fotocopia de un registro de clase y ellos analizarían el mismo a la luz de algunas consignas que les plantearía y que podían tener todos los materiales teóricos.

Así fue. Antes de comenzar a trabajar, leímos las consignas y les explicité los ejes con que evaluaría las producciones: ellos como usuarios de la escritura y como alumnos-docentes. Los veía tranquilos, distendidos, con sus materiales y trabajando individualmente. Yo me sentía contenta del clima de trabajo y respeto. Me consultaban, se consultaban...

Ya en mi casa comencé a leer las producciones ... ¡MY GOD! ¡Qué desastre! Del “grupo de la ventana” una sola chica había logrado hacer una buena producción desde lo didáctico, pero su escritura era totalmente deficitaria y las demás - como en los otros grupos- tenían que revisar todo. Pero lo peor era que ¡no sabían escribir y yo no me había dado cuenta!

La devolución se hizo – previa autorización de cada cual- en el pizarrón para “ver” las escrituras y reflexionar sobre los modos de componer los textos y la adecuación a las normativas. Ellas vieron una a una las dificultades de todos los integrantes de cada grupo, pero eso no importaba. Se enojaron muchísimo y hasta me sentí agredida. ¡Cómo podía ser que ninguna tuviera todo aprobado! ¡ Yo debía replantearme mi forma de evaluar, antes de desaprobarlas!, ¡Cómo podía ser que ahora aparecían las dificultades siendo que siempre habían escrito!, ¿Quién era yo para plantearles esa problemática en 3° año?

Yo salí un momento, fui al baño y rompí a llorar como nunca me había pasado. Dos segundos me bastaron para pensar que yo estaba convencida de mi ejercicio en la docencia, de las expectativas que yo tenía a cerca de mis alumnas y de mi cátedra, de la comunidad, etc. Me sequé, me volví a pintar y salí rumbo al aula “como si nada hubiera pasado en mí”.

En el salón retomé la clase, pero mi tono fue distinto: dinámico, con propuesta de retomar procesos en pos de logros en común, de revisar todo lo producido y de que sus textos- base fueran pre- textos para fortalecer la potencialidad de usuarios que había en cada uno. Yo les ofrecí mi tiempo para mirar minuciosamente sus borradores. Ahora las cejjuntas y azoradas eran ellas, pero con sorpresa de mi tranquilidad y seguridad.

Patricia como una hormiguita traía todos sus borradores, pero era como la escritura de un alumno de EGB: dificultades de un debutante. Le sugerí algunos cuadernillos que estaban en biblioteca porque era necesario que viera todo lo que constituye “la escritura”.

Días después algunos compañeros también me “reclamarón”: ¿qué pasa con 2°2° que tienen problemas con los trabajos?, ¡Qué raro porque son chicas que leen!. A mí ya no me preocupaba dar cuenta de lo ocurrido ni estaba dispuesta a argumentar o rendir examen.

Lentamente las alumnas se entusiasmaron, y fueron apropiándose de la idea de que para ser “formador”, primero había que formarse y / o fortalecerse. Se comprometieron.

Para acreditar la cursada la propuesta era formular un microproyecto. Cuando algunas ya iban por el 3° borrador, Patricia recién estaba luchando con su primera producción. Pero comenzó a sonreír nuevamente, aún cuando reflexionaba sobre su recorrido por la escuela de adultos, donde no se había prestado atención a su escritura.

Al año siguiente, seguía trayendo borradores: hojas rayadas, cuadriculadas, recicladas, coloreadas, todas eran portadoras de alguna producción. Cuando algunas del grupo de la “ventana” estaban en la producción del Proyecto para acreditar 3°, ella recién estaba dando forma al de 2°.

Al otro año, me pidió poder estar en las clases de 2° porque si bien iba presentándome avances para el Proyecto de Acreditación, prefería invertir su tiempo en fortalecerse y llegar segura a esa instancia.

De esta forma, llegó el fin de año. Para la mesa de noviembre no apareció, a pesar de que estaba todo excelente. Su tiempo invertido había sido riquísimo para su formación. ¡Qué salto había logrado! ¡Qué producciones! Yo la alentaba permanentemente, ya nuestro vínculo era afectuoso. Ella sonreía tímidamente cada vez que me veía.

En las mesas de Diciembre tampoco se presentó.

Recién lo hizo en Marzo. Mientras yo leía su proyecto final, ella tenía que producir la presentación del mismo. Todo estaba impecable, yo la felicité y le expresé los logros. Patricia rompió a llorar y gritaba – como nunca- ¡gracias, profe, por haberme desaprobado tantas veces! Primero no sabía si era una ironía o qué. Luego entendí que era su verdad. Me explicó que sentía que había logrado algo por ella y para ella por primera vez en la vida; que había sido costoso, pero era un triunfo personal.

Yo no sabía cómo actuar: si disculparme, agradecerle su gesto generoso e interesante, pero a la vez me parecía una situación graciosa.

Cuando llegué a mi casa estaba todavía un poco confundida, respecto de lo acontecido con Patricia y lo compartí: “... últimamente me ocurren cosas raras con los alumnos, por ejemplo que lloren y me agradezcan que los haya desaprobado en ciertas ocasiones.” Todavía hoy me parece raro.

Patricia al año siguiente ingresó satisfactoriamente al Profesorado de Lengua, el cual tuvo que abandonar por razones económicas.



El caso Patricia fue un logro y un aprendizaje para mí. Tuvo un final feliz, pero pudo no haberlo tenido para ambas. ¡Cuánta diversidad de representaciones del “ser docente” entre cuatro paredes de un aula!
El tiempo ha pasado. Yo sigo usando la misma aula, donde “la ventana” deja penetrar su “luz”. Ella sigue sonriendo en mi memoria.

